

Prof. GABRIEL RESTREPO
 Universidad Nacional
 Sociólogo

PALIMPSESTO SOBRE FREUD

"Zum Raum wird hier die Zeit" (El tiempo se transformará en espacio), Wagner, Parsifal,

ETIMOLOGIA DEL PALIMPSESTO

Thomas de Quencey acuñó una metáfora proteica para interpretar la conciencia contemporánea y para comprender a Freud: ¿"Qué es el cerebro humano sino un palimpsesto inmenso y natural"?

¿Qué es palimpsesto? Según la Real Academia, palimpsesto es: "manuscrito antiguo que conserva huellas de una escritura anterior borrada artificialmente". Pero el palimpsesto es, como el contenido de su definición, una palabra que conserva huellas de palabras antiguas borradas artificialmente.

Por ello, al excavar más hondo, se amplía la riqueza metafórica del concepto. Según Iosepho Furlanero, en su *Lexicon Totius Latinitatis*, "Palimpsestus" es: "*Membrana iterum absterita spongia, ut in ea scribi pluries possit*", lo cual significaría: "corteza - membrana - piel - película enjugada con esponja una vez más, para que pueda escribirse sobre ella muchas veces". Furlanero indica que el palimpsesto no ocurre solamente en "membranas", sino también en papiros.

De este modo, el concepto de palimpsesto sirve para rastrear la evolución de toda escritura, pues figura la

simultaneidad de significaciones sobre un mismo material o espacio (mineral, vegetal o animal).

Y adviértase que siempre será posible que exista un lector, intérprete o traductor que halle la clave de la sucesión de estas escrituras, es decir, descifre en lo borrado aquello que fue escrito, una mente que descubra los códigos de lo suprimido en los vestigios y transforme lo sucesivo en simultáneo.

La evolución de Freud es recapitulada en el trasfondo de sus antecedentes en las ciencias naturales y en la cultura, gracias al uso del concepto de palimpsesto. El concepto ha sido tomado de Thomas de Quencey y se ha extendido más allá de su sig-

nificación original. De modo breve, se examinan cinco momentos y temas de la vida y obra de Freud: 1) cocaína e hipnosis, 2) autoanálisis y diálogo psicoanalítico, 3) la sexualidad infantil, 4) la muerte, 5) la religión.

Así, Descartes no estaría lejos de la verdad cuando prometía "leer el libro abierto de la naturaleza". La naturaleza sería un palimpsesto, escrito por la propia naturaleza. Y el esfuerzo de la ciencia moderna - o en otros términos, de la naturaleza pensante en un determinado grado de evolución - consistiría en sustituir palimpsestos: la investigación natural por la escritura bíblica (el palimpsesto de la revelación del gran ausente).

La lectura del palimpsesto natural conduce a Newton y a Einstein. Llegará a un grado de sofisticación con las mediciones del explorador Cobe sobre la historia del cosmos. Lo extraordinario es la lectura que descifra en emisiones sucesos ocurridos hace miles de millones de años y

recupera la "memoria" del universo. Lo distante se torna próximo. La frase de Wagner en el Parsifal es profética.

EL PALIMPSESTO DE LA CONCIENCIA

Thomas de Quencey acaso fuera ajeno a la riqueza de significados que hoy se puede conceder a la palabra "palimpsesto". Pero, al aplicarlo a la vida de la conciencia, ofreció una llave maestra a la imaginación.

Estaba en posición privilegiada. Había leído a Kant y había escrito sobre él. Y acaso la expresión sintética del gran filósofo: "Las estrellas sobre mí, el mundo moral dentro de mí", le hubiera producido vértigo: ambivalencia de atracción y de repulsión. Atracción, porque la fórmula comprendía la nueva conciencia. Repulsión, porque el "mundo moral dentro de mí" conservaba la huella de Descartes. La suposición de una conciencia todopoderosa había sido quebrada por el romanticismo.

De Quencey hubiera podido descifrar en "los Himnos a la Noche", de Novalis, el canto del cisne de la razón enciclopédica, formulado por alguien que no era ajeno a la ciencia moderna. Minero y científico, Novalis pudo registrar el paso a la noche, con la invención de la polisemia de lo nocturno (el amor, la embriaguez, la amapola, el sueño, el delirio, la conspiración, la muerte).

Había algo más. Como Coleridge, Thomas de Quencey era opiómano. Un hábito que no era exclusivo de ellos. Se limitaban a exacerbar un uso recurrente aún entre los coetáneos de Newton, si no en él mismo, por razones que en un comienzo se atribuyeron a la medicina y que luego se disociaron de prescripciones de salud corporal. Aquel hábito hubiera sido un dato más en la vida del romántico, si no fuera porque se propuso examinarlo con la pericia de los grandes autobiógrafos (San Agustín, Saint-Simon, Descartes, Rousseau).



Sus *Confesiones de un Opiómano Inglés* y su *Suspiria de profundis*, son una pieza maestra de la literatura, cuya significación para la sensibilidad moderna se amplía por la traducción y los comentarios que de aquellas obras hiciera Baudelaire. Pero, además, son un expediente ineludible en la historia de la drogadicción. Y como si fuera poco, suministrarán una clave indispensable en la genealogía de los estudios sobre la conciencia.

Thomas de Quencey figura una equivalencia entre energía y memoria, según los principios de la termodinámica ("Nada se pierde en lo espiritual, como nada se pierde en lo material"). Pero como si no bastara ya una comparación de

semejante proyección, la encerró bajo la metáfora perfecta del palimpsesto.

Para Thomas de Quencey la vida es un inmenso y, muchas veces, un benigno olvido. No obstante, el olvido no es aniquilación o desaparición ("Todo pensamiento resulta imborrable"). La memoria puede retornar como tumulto ante la inminencia de la muerte o en una supuesta recapitulación provocada por la alucinación de la droga.

EL PALIMPSESTO ENTRE EL COSMOS Y LA CONCIENCIA

Pero el concepto de palimpsesto no se limita a los dos extremos de cosmos y conciencia. Entre ellos, hay gradaciones que el espíritu de fineza obliga a respetar. Geología y biología acercan como espejos recíprocos a las formas inanimadas y a la naturaleza viviente, antes que la arqueología y la filología proporcionen un punto de aproximación a la conciencia.

El nombre de Novalis aparece de nuevo, asociado al neptunólogo Werner (cantado en el inconcluso libro de Novalis: *Los aprendices de Sais*). Werner, aunque equivocado, es reputado como padre de la geología. Su visión del mundo

emergiendo de las aguas era una de las últimas defensas de la escritura (el diluvio) y su hipótesis cedió a los partidarios del vulcanismo.

Entre ellos se contaba el joven Alexander von Humboldt, quien podía aportar al debate mucho más que hipótesis. Y fue Alexander quien encarnó esa vocación de Descartes por la lectura del libro abierto de la naturaleza. La publicación del *Cosmos*, a partir de 1845 obró como una especie de cuna intelectual de Freud.

Fue una extraordinaria casualidad que El origen de las especies de Charles Darwin apareciera el mismo año de la muerte de Alexander von Humboldt (1859) y a poco del nacimiento de Sigmund Freud (1856). Universal como el alemán, el científico inglés estaba en mejores condiciones para transformar en tiempo o en sucesión aquello que Humboldt consideraba como totalidad o simultaneidad en el espacio. El palimpsesto de la naturaleza.

Deudor de Humboldt y de Darwin, Freud debió recapitular en breves fases de su vida aquella experiencia de interpretación de la naturaleza. Bajo la orientación de Brücke (cuyo nombre, "los puentes", pareciera prefigurar los nexos entre la ciencia natural y la ciencia del hombre), Freud trabajó sobre el hermafroditismo de las anguilas y de los cangrejos.

ARQUEOLOGIA Y FILOLOGIA

Pero aún existen otros puentes entre la naturaleza reflejada y la naturaleza pensante, entre la muda materia y la materia reflexiva. Tales son la filología y la arqueología.

Desde las excavaciones de Pompeya existe un paralelismo entre filología y arqueología. Comparten la obsesión necrológica. Descifran el palimpsesto de la antigüedad mediante la exhumación de palabras o de vestigios humanos. Coinciden en la obsesión romántica por los muertos (que también se expresa en el estado como fundado en los héroes o en las mitologías como constitutivas de la nación). El des-



cubrimiento en este ámbito será siempre un redescubrimiento, un revivir o resucitar, una cita con el pasado.

El modelo de Freud aquí es una expresión pura del capitalismo decimonónico que, desencantado de la aventura comercial o financiera, se transforma en un aficionado tosudo, filólogo y arqueólogo, gracias a la obediencia a los sueños de su infancia.

Se trata de Heinrich Schliemann. Como encarnación fáustica, Schliemann representó la inquietud del capitalismo y la disociación entre cálculo y corazón. Hubiera sido un perfecto motivo de la dramaturgia de Wagner: en su vida sucede como si el afán de todo alquimista

se hubiera desdoblado en un encontrar el oro físico que no correspondiera, sin embargo, al oro espiritual, a la redención de la propia personalidad por el amor.

Hechura de sí, Schliemann quiso tentar fortuna en La Guaira (¡Y suponía que pertenecía a Colombia!), naufragó, inició carrera como bajo dependiente en Amsterdam, pronto se emancipó como comerciante en San Petersburgo, hizo fortuna con la guerra de Crimea, con el oro, la banca y los ferrocarriles en Estados Unidos, invirtió en Cuba, pasó por Panamá, viajó a la China, al Japón y a Egipto. Pero tanta ganancia le llegaba en proporción inversa al balance del corazón.

Desengañado de los negocios, políglota por necesidad y por obsesión, era llamado por el sueño de su infancia: Grecia, Troya. Abandonó el comercio y se mimetizó tanto con su ideal que consiguió nueva esposa griega, de nombre Sofía. Y con ella como símbolo de matrimonio con su ideal, emprendió una empresa que parecía imposible.

Si los naturalistas reemplazaron el palimpsesto bíblico por el libro abierto de la naturaleza, Schliemann lo hará por otra escritura (otro palimpsesto), las epopeyas homéricas. Su fe en esta escritura lo llevó a desentrañar las ciudades de

Troya y de Micenas. Halló, sin embargo, más ciudades dentro de la ciudad de las que esperaba y tomó las ciudades más antiguas por la ciudad ensoñada (no por azar había confundido la Guaria con una ciudad de Colombia, como si con aquel equívoco hubiera prefigurado el síndrome de Colón que habría de repetir con su redescubrimiento de lo antiguo).

Pero aún con sus equivocaciones, Schliemann proporcionó una pieza clave para descifrar el palimpsesto de la antigüedad. Freud lo admiraba, lo cual incluía una cierta envidia.

EL DIALOGO COMO CATARSIS

No consta que Sigmund Freud hubiera leído a Thomas de Quencey. Pero una comparación entre los dos se impone, por coincidir en el principio de conservación de la memoria. La aproximación más sorprendente se encuentra en *El Malestar de la Cultura* (1930), cuando Freud compara la conciencia con una ciudad - la admirada Roma - en la que pudiera observarse lo sucesivo como simultáneo. ¡La ciudad como palimpsesto y la conciencia como ciudad! Sin embargo, De Quencey y Freud difieren en el modo como deducen el retorno de la memoria.

Freud usó la cocaína por razones de investigaciones fisiológicas y anestesiológicas. Pero el fármaco fue un hábito por algún tiempo. No es sorprendente que la superación de tal costumbre se asociara a su autoanálisis (motivado por su matrimonio, la relación con Fliess, la muerte del padre, la falta de éxito), y, más aún, al hallazgo de modos de recuperar la memoria, diferentes a los contemplados por Thomas de Quencey (la alucinación narcótica o la inminencia de la muerte).

El primero de ellos es la sugestión o la hipnosis. ¿Pero no es también la hipnosis una suspensión de la voluntad y de la conciencia, por artificio de otro? ¿No es la hipnosis una muerte temporal del presente provocada por quien manipula la repetición del pasado? Freud renace cuando supera la hipnosis como recurso para recabar la memoria. O sea: cuando desentraña por sí y mediante su propia reflexión, en la terapia de otros, el significado de las imágenes o de las palabras.

Más allá de la "catarsis" de la droga o de la hipnosis, la terapia psicoanalítica se funda en el diálogo reflexivo que se entabla entre dos pacientes, pues paciente es el psicoanalista cuando es educado por sus pacientes en el silencio que todo diálogo exige. Si el diálogo es alternación de palabras, también lo es de silencios, como enseñaba ya Hölderlin: "Desde que somos un diálogo/y podemos oír unos de otros".

No es extraño que en la última década del siglo, previa a *La interpretación de los Sueños*, el diálogo psicoanalítico reviva la imagen del palimpsesto ("desenterrar la ciudad enterrada") y que Freud aboque la hondura de su propia observación. La cura o la liberación por la palabra fueron y serán la alternativa radical a la muerte encerrada en un dilema sin salida: el de una censura autoritaria, o el de una rebelión de lo reprimido por los artificios de la droga o de la hipnosis.

Sin embargo, el mundo moderno oscilará aún entre estas dos opciones, como lo probarán, primero, esa forma de histeria y de hipnosis colectiva que fue el fascismo, y luego, el recurso a la droga como evasión a esa larga noche prefigurada por Novalis.

TOPONIMIA Y PALIMPSESTO : EL PISO DE ABAJO

Palimpsestos son los sueños como "collage" o sincretismo de tiempos y espacios. Palimpsestos son también los chistes. Al dilucidar el código de la secuencia de los primeros y la polisemia de los segundos, Freud liberó su imaginación de propias y ajenas resistencias.

El eminente biógrafo de Freud, Peter Gay, incluye esta expresión de Freud en un momento decisivo: "Las cosas están moviéndose en el piso de abajo", escribió en 1899, "una teoría de la sexualidad puede convertirse en la próxima sucesora del libro de los sueños."

Como ocurre con toda toponimia usada en el discurso racional (recuérdese las nociones de infraestructura y superestructura en Marx), la ambigüedad y la metonimia suscitan interpretaciones dispares, pero también iluminan la riqueza metafórica de un pensador.

En efecto: ¿qué son las cosas que se mueven en el piso de abajo? ¿Qué es abajo? ¿Cuál casa, si es una casa? ¿Es la casa un cuerpo? ¿Es la conciencia como una casa? ¿Son la conciencia y la casa como un cuerpo, como el cosmos?

La expresión es de tal ambigüedad, que incluso con las claves del propio Freud se podría pensar que en aquella frase precursora de la libido infantil, regresaba a la estancia de su temprana infancia en Freiberg. Y que abajo quedaba el piso de los Ziegler, el herrero y su esposa que habían arrendado a los Freud el piso de arriba. ¿Acaso los Ziegler se están moviendo como cosas, o sus cosas se están moviendo, o sus cuerpos se están moviendo como cosas, o las cosas se están moviendo con sus cuerpos? Con la idea del palimpsesto, la cadena de asociaciones podría llevarse casi hasta el infinito, para figurar como "abajo" la conciencia, el cuerpo, la casa, las ciudades enterradas, el subsuelo, los ancestros, la primera burbuja, el ello, las pulsiones de amor y de muerte, el bing-bang.

EL AMOR A SOPHIE

¿Qué necesidad o qué azar se oculta en los nombres? ¿Qué se encierra en un nombre como el de Sophie? ¿Qué relación hay entre Sophie von Kühn, Sophie la esposa de Schliemann y Sophie Freud, la hija mimada de Freud? ¿No existiría acaso la misma relación que hay entre la Diotima de Platón, la Diotima de Hölderlin y la Diotima de Musil? ¿Es decir, no sería una relación en la que en los primeros escalones de una espuria genealogía nominal hubiera azar y en la última alguna necesidad?

El nombre fue acaso también causa del embelesamiento de Novalis por la adolescente Sophie von Kühn. Pero de aquella Sophie sólo quedó el símbolo de la mujer transformada en imagen de la noche.

El nombre de Sophie no fue casual en la elección de Schliemann. Obsesionado por Grecia, sus hijos fueron llamados Andrómaca y Agamenón. Y Sophie, engalanada con el supuesto tesoro de Príamo, fue símbolo del palimpsesto de lo

nuevo y lo antiguo, lo eterno femenino.

Así, ya no es azar que Freud hubiera nombrado a una de sus hijas con el nombre griego. Lo cierto es que la muerte de Sophie, ahondó reflexiones que había iniciado Freud por lo menos desde el comienzo de la guerra. Fue como si la muerte multitudinaria y anónima se hubiera personificado en su propia hija. Y aunque no es probable que Freud hubiera leído con detenimiento a Novalis, la muerte de Sophie suscitó la noción de la pulsión de muerte, como en aquél había forjado la idea del "anhelo por la muerte" ("Sehnsucht nach dem Tode").

Por supuesto, más allá de la coincidencia temática, la diferencia de perspectivas es radical. En Freud, la reflexión sobre la muerte forma parte de su expediente vital y racionalista.

Pero no es casual, en cambio, que entonces decidiera emprender una lectura temida y aplazada: la de Schopenhauer. El amor a Sophie fue el retorno a la filosofía y la corroboración del amor por la sabiduría o la verdad. A partir

de entonces, el pensamiento de Freud tomó un giro más filosófico, y hasta teológico, ya muy distanciado del laboratorio de la terapia, pero en ningún caso de su credo racionalista.

Casi teológico, se diría, no por la convicción en algún Dios, sino por la elección de Dios o de la religión como problema. Un pensador que se había acostumbrado a descifrar enigmas, no podía dejar de proponerlos. Sea cual fuese la verosimilitud de su fantasía, su Moisés revela flancos muy útiles para el examen del mito y de la ideología como sueño o como palimpsesto. En todo caso, era muy osado con el judaísmo y aún con el cristianismo señalar que había dos Moisés, el primero egipcio, así como dos

dioses fundidos en uno, ambos de proveniencia no semita.

Pero acaso su enigma apunte al futuro, más que al presente

UN PALIMPSESTE SUR FREUD

L'évolution de Freud est signification originale. D'une façon sommaire, cinq moments et thèmes de la vie et de l'oeuvre de Freud sont examinés: 1) la cocaïne et l'hypnose, 2) l'autoanalyse et le dialogue psychanalytique, 3) la sexualité infantile, 4) la mort, 5) la religion.

de Freud, muy desengañado de la especie humana por la reiteración de la estupidez de la guerra. Ese enigma consistiría en pensar, en los términos de palimpsesto, cómo podría la humanidad construir una cultura que alterara de modo radical los códigos genéticos del animal que subyace en su propia evolución ❁

REFERENCIAS

Para facilitar la lectura, las referencias se agrupan fuera del texto. Las reflexiones fueron suscitadas por el ciclo *La Viena de Freud*, organizado por la *Revista Colombiana de Psicología*, durante los meses de marzo y abril del presente año.

A continuación, debe mencionarse una lectura abundante, pero no total de la obra de Sigmund Freud: *Obras Completas*. Traducción de Luis López - Ballesteros y de Torres. Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, dos tomos. Las referencias a la ciudad eterna como "palimpsesto" (aunque el término no lo emplea Freud), se encuentran en el capítulo primero de *El Malestar de la Cultura*.

La lectura de las obras de Freud fue complementada con un estudio de la excelente biografía de Peter Gay: *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Barcelona, Paidós, 1990 (1988). La cita es de la página 174.

Las referencias a Novalis son de la edición de Gerhard Schülz: *Novalis Werke*. München, Verlag C.H. Beck, 1969. También se puede consultar la traducción de Gabriel Restrepo de "Los Himnos a la Noche", en *Falsas Rendas* (Bogotá), 5, 1991, p. 5 a 10. A propósito, la expresión "Sehnsucht nach dem Tode" se tradujo allí en forma muy libre como "vocación por la muerte".

La obra de Thomas de Quencey ha sido leída en la versión parcial que de ella hizo Charles Baudelaire, en su libro: *Los paraísos artificiales: acerca del vino y del hachís*. Traducción de Pere Pruna. México, Fontarama, 1989 (1987, y edición original de 1857, al año siguiente del nacimiento de Freud). Las referencias a la mente como palimpsesto están contenidas en las páginas 153 a 155.

El diccionario de Furlanero, Iosepho es: *Lexicon Totius Latinitatis*. Patavii Typis Seminarii MCMXXX, Tomo III. Se consultó la etimología de la palabra en otras fuentes.

Fueron examinadas diversas biografías y obras de Newton, Alexander von Humboldt, Darwin, Schliemann, historia de la ciencia, etc.

La expresión de Hölderlin (y la interpretación del diálogo, aunque no referida a Freud) se halla en el análisis de Heidegger, Martin: "Hölderlin y la esencia de la poesía". En: *Arte y Poesía*, México, F.C.E. 1985 (1952)

